

ZELOTE

José Güich Rodríguez

Nacido en el seno de una familia venida a menos y tanteando nuevos e inciertos horizontes, Julián Ramírez abandonó su tierra a fines de la década de 1970. La penosa situación de su familia lo apremió a tomar semejante camino a la temprana edad de dieciocho años. Sobre aquel período de su vida, existen versiones contradictorias. Algunas de ellas sostienen, por ejemplo, que ninguno de sus compañeros y compañeras en aquel oscuro colegio del barrio de Jesús María, donde cursara estudios de secundaria, habría dado un centavo por ese muchacho taciturno, pasto de las bromas más burdas. Otras, por el contrario, afirman que fue líder innato, brillante en todas las materias, excelente deportista, botín codiciado por las mujeres y querido por todos. Estaba destinado, además, a ocupar un sitio prominente en la sociedad de su tiempo.

No obstante, la versión más digna de crédito es aquella que lo caracteriza como alumno de medianías. Según dicho testimonio, Ramírez era muy delgado en esos tiempos; usaba, así mismo, gafas de cristal muy grueso, lo que le habría conferido un perfil caricaturesco. Pero ese no fue el principal detonante para el vergonzoso trato de sus condiscípulos, formados de acuerdo con los códigos tradicionales del medio. El pecado de Ramírez era, definitivamente, otro: su afición a la lectura, a la música selecta, al buen cine y a las artes plásticas. Como para añadir combustible al odio de la tribu, Julián detestaba los deportes, las fiestas, la música pop, las malas palabras, el consumo de tóxicos y todo aquello que se relacionara con los ritos de adscripción social. Su fama de *raro* se había deslizado por todos los corrillos; incluso, los alumnos de primaria susurraban entre ellos, para luego salir de algún recoveco, cual horda de duendes, a endilgarle apodos e insultos promovidos por los mayores.

Sin ninguna vinculación afectiva con esa promoción, a la cual pertenecía solo por una mera formalidad administrativa, fue el único que no tomó parte de las actividades conducentes a la graduación y a la orgiástica celebración de despedida. No sorprendería a profesores -quienes, en ocasiones, eran cómplices gratuitos del maltrato- ni al resto de alumnos y alumnas que Ramírez se rehusara a asistir. Por lo demás, nadie lo extrañó la noche de la fiesta, realizada -como es costumbre en los colegios capitalinos de poca monta- en el mismo centro de estudios. Su fugaz recuerdo solo fue pretexto para la alcoholizada mofa y la risotada colectiva de esos seres tan anónimos como insensibles.

No se sabe, con certeza, cómo fue posible que Julián Ramírez recalara en aquel prestigioso centro de investigaciones al que, por reserva, preferimos llamar "M". Tampoco son muy claras las fuentes cuando se examina el ascenso de aquel retraído muchacho sudamericano en un medio tan competitivo como lo eran tanto el país y la urbe donde se asienta esa famosa institución. En el caso de Ramírez, solo resta unir ciertos elementos, propios de esa decadente clase a que pertenecía. Los progenitores de Julián, descendientes en línea directa de médicos y abogados formados en los mejores colegios privados o en las mejores universidades del mundo, no habrían aceptado jamás que su heredero estudiara en uno de esos antros denominados

“universidades públicas”, su probable destino de haber permanecido en aquella triste ciudad.

Así, empeñándolo casi todo, solicitando un préstamo a alguna amistad generosa, compraron un pasaje y formaron una modesta bolsa de viaje para Julián, quien partió exultante, cargado de libros y consejos. Viajaba por primera vez en avión. Aunque no estaba muy seguro respecto a que haría en tierra extranjera, se sentía por fin liberado de la condenada aldea y, sobre todo, de sus habitantes. El azar, caprichoso e inexorable, había querido que un primo hermano de su padre radicara en la ciudad a la que “M” daba gloria eterna. Esa circunstancia habría convencido a los señores Ramírez de que ese era el momento. Mientras caminaba hacia el avión, Julián juró no volver jamás a su país de origen.

Cuando el muchacho arribó a su nueva patria -es un decir, pues pasaría algún tiempo antes de que adoptara otra nacionalidad-, solo consiguió abrir la boca, en mudo gesto de asombro y aprobación. La realidad era más espectacular de lo que había vislumbrado a través de los libros, el cine o la televisión.

El tío Nicolás no solo le tenía preparada una habitación en su casa de los suburbios, sino un puesto de trabajo en una entidad educativa de la urbe que algún día lo nombraría “ciudadano dilecto”. Moviendo algunos contactos, le había conseguido una plaza eventual hasta que regularizara su situación migratoria. De este modo, pagaría sus gastos simbólicos, porque se trataba del hijo de su primo preferido, con quien viviera los momentos más felices de su infancia. El día que Nicolás lo llevó a conocer el *campus* y lo presentó al Jefe de Personal, no imaginó que su nombre, Julián Ramírez, quedaría para siempre ligado a “M”.

Algún malicioso adversario o crítico habría supuesto que Julián estaba condenado al fracaso en ese país de oportunidades, por causa de un carácter aislado y poco dado a fraternizar con sus semejantes. Por otro lado, se podría aducir que era improbable su aceptación de tareas de limpieza, puesto que provenía de una presuntuosa familia, de las autodenominadas *decentes* -pese a los bolsillos vacíos y las deudas acumuladas-. Y se habrían equivocado rotundamente. Contradiciendo los pronósticos, Julián no solo aceptó el trabajo con gusto: lo encaró con honda responsabilidad. De ese modo ganó, con su perfil bajo, discreción y buenos modales, el aprecio tanto de sus compañeros como de su exigente jefe -un nativo típico-.

A los seis meses de estancia, ya había ahorrado lo suficiente para alquilar un minúsculo departamento, más cerca de “M”. También estaba en condiciones de enviar remesas de dinero a los señores Ramírez, quienes casi se desvanecieron del orgullo cuando arribaron giro, carta y fotografía de Julián, equipado como un astronauta, con escafandra incluida -el atuendo era obligatorio, pues en “M” se realizaban importantes experimentos e investigaciones que podían afectar a los seres humanos-.

Los incomodó un tanto que su adorado vástago, inteligente, espiritual y maduro, no hubiera logrado conseguir un trabajo más acorde con sus talentos. El señor Ramírez lanzó un par de maldiciones contra su primo, a quien llamó usurero y traidor a su sangre. La señora Ramírez, más práctica, tranquilizó a su esposo, argumentando que no había razones para que la gente se enterara del hecho. Además, prosiguió, era solo por un tiempo y parecía gustarle a Juliancito. Luego de repasar la abultada cifra del giro, el señor Ramírez dio su aprobación, más comprensivo respecto a la actitud de su primo quien, después de todo, había hecho lo correcto al inculcarle al muchacho la cultura del trabajo honesto.

Después de la llegada a “M”, los biógrafos de Julián Ramírez coinciden en que la cadena de sucesos fue vertiginosa. El joven inmigrante había sido asignado al área de los especialistas en creación de *software* para una naciente industria de ordenadores, más accesibles al ciudadano común y corriente. En contacto con esos magos de la

programación, desaliñados, barbados y compulsivos bebedores de café, se produjo la iniciación, el año cero en la historia de la informática. Se dice que, entre cansado de oír tantas preguntas del muchacho sudamericano acerca de los equipos y decidido a darle una mano amical, uno de los especialistas formuló un comentario sobre las carreras universitarias que se impartían en "M". Ni corto ni perezoso, Julián acudió a su jefe, quien ofreció recomendarlo y ayudarlo gestionar una beca, pues los costos resultaban muy elevados. Eso sí, tendría que prepararse para un examen riguroso, que muy pocos aprobaban. Además, no habría privilegios de ningún tipo en cuanto a sus labores. Julián, muy agradecido, intuyó en ese instante que el futuro balbuceaba sus primeros augurios benéficos. Asumiría el reto que implicaba ese examen y el hecho de proseguir, con la misma eficiencia, sus tareas habituales. Invertiría en ella todo su esfuerzo intelectual e innumerables noches en vela. Pensaba, sin embargo, que el cansancio, durante las horas de trabajo, le jugaba bromas muy pesadas, como esa figura humana difusa, ininteligible, que solía atravesar, como relámpago, algún pasillo del inmenso complejo de laboratorios. Por precaución, jamás lo comentó, ni siquiera con el círculo de confianza: le horrorizaba la posibilidad de que lo tomaran por un loco, y así disminuyeran sus bonos ante las autoridades con poder de decisión sobre su expediente.

A fines de ese año, Julián rindió la prueba. Pese a todas las desventajas, aprobó satisfactoriamente, haciéndose acreedor a una vacante. El tío Nicolás, quien no cabía en sí de gozo, y su esposa, la tía Irene, prepararon una gran cena en su honor. Por primera vez en su vida, Julián se sentía realizado con ocasión de un logro personal. Llamó a sus padres para darles la grata noticia: le replicaron sollozos de alegría por parte de su madre, así como entrecortadas palabras por el lado de su padre.

De este modo comenzó la memorable carrera de Julián Ramírez en "M". La beca le permitió dejar escoba, baldes y escafandra para dedicarse a la vida académica. Consiguió un empleo administrativo de medio tiempo, garantizando así las oportunas remesas. Y de acuerdo con los testimonios de quienes compartieron con él esos primeros pasos, Julián siguió frecuentando a sus camaradas de Mantenimiento, por quienes cultivaba un fraternal afecto.

Ramírez culminó sus estudios cinco años después, y se graduó con honores. A esas alturas, muchas empresas importantes estaban tentándolo, pero él prefirió aceptar el puesto ofrecido por "M", su *alma mater*. Ansiaba proseguir tareas de investigador, de acucioso hombre de laboratorio. Esa estancia prolongada también sería capital, pues en ella se gestarían los embriones de varios juegos, hoy clásicos, y, sobre todo, de aquel que le granjearía fama universal.

Su dedicación a los quehaceres cotidianos en "M" le permitía un pequeño espacio para actividades entrañables, como la lectura voraz, las películas y la asistencia obligada a conciertos o visitas a galerías de arte. Si bien no se le conocían relaciones estables, más de una vez lo sorprendieron acompañado por alguna de sus colegas. Cumplida la jornada, se transformaban en mujeres espectaculares una vez que salían de "M" para concentrarse en los placeres de la vida mundana. Es difícil imaginar que esas austeras jóvenes de cabello recogido, vestidas usualmente con un aséptico guardapolvo blanco, fueran capaces de experimentar tales metamorfosis. Sin embargo, el compromiso serio no figuraba en los planes de Julián, pese a las indirectas que su querida madre solía deslizar en breves visitas. Estas se habían hecho más frecuentes en los últimos años, merced a los ascensos y capacidad de ahorro del vástago. En todo caso, los biógrafos no obtuvieron muchos datos sobre estas parejas eventuales en la vida del magnate.

Es factible que en aquellos días se llevaran a cabo los bosquejos de *Zelote*. Al principio, el propio Julián no había encontrado utilidad específica para un programa de

esa naturaleza, nacido de su gusto por la literatura sobre sectas religiosas de la Antigüedad. Sus proyectos coincidirían con un mercado informático en expansión, que buscaba ingresar con fuerza en el hogar del ciudadano medio. Cierta colega, con quien Ramírez se reunía todos los sábados para entablar disputadísimas partidas de ajedrez, le brindó las luces necesarias acerca de las múltiples aplicaciones comerciales del germinal *Zelote* y otros programas. Una noche, mientras contemplaba, desde una atalaya inmejorable, las luces de lo que él llamaba, con orgullo, su *ciudad*, volvió a pensar en la ya distante y despreciable aldehueta natal, que había abandonado dispuesto a no regresar. Después consideró que era injusto consigo mismo. Aquellos miserables recibirían una señal inequívoca de su capacidad y talento, algo que no permitiera el mínimo margen para la duda. El pasatiempo que él había creado en el laboratorio podría convertirse en una verdadera bomba de tiempo. Por eso, al descender de la colina rumbo a su departamento, ya había decidido marcar una huella indeleble en su profesión, algo que trascendiera su existencia como simple mortal. No era el dinero lo que le interesaba. Si llegaba, enhorabuena; si no, ahí estaría "M" para brindarle refugio siempre que lo requiriera.

Julián Ramírez perfeccionó *Zelote*, trabajando en su domicilio hasta altas horas de la madrugada. Cientos de pruebas fueron otorgándole forma definitiva a esa colosal epopeya, cuyos finales, abiertos en múltiples direcciones, hacían de la experiencia un verdadero desafío a la capacidad imaginativa del jugador o de los jugadores involucrados. La primera versión en salir al mercado, gracias al contrato firmado por una pequeña compañía del este, concitó un gran entusiasmo en el ambiente. Bastaba conocer, en esencia, la historia narrada en el Nuevo Testamento, es decir, los últimos días de la vida del rabino llamado Jesús de Nazareth. El programa incluía una serie de guías, utilísimas para llenar las lagunas históricas que, por falta de información, habrían de presentarse en el transcurso de la jornada. Pese a que todos los detalles habían sido considerados, Julián no quería hacerse demasiadas ilusiones con el juego. Prefirió olvidar el asunto y embarcarse en otros menesteres.

Ajeno al destino de su criatura, Julián Ramírez se enfrascó con verdadera pasión en diversos temas de su especialidad. Unos meses después de haber suscrito el acuerdo comercial, llegó a su oficina una carta cuyo sobre llevaba el membrete de sus ocasionales socios, responsables de fabricar y distribuir el producto. La misiva en cuestión mostraba la rúbrica del presidente del directorio, quien lo felicitaba por el éxito de *Zelote*. Según una revista especializada, el juego lideraba los *rankings* de venta en buena parte del país. Un cheque con una cifra abultada -sus primeras ganancias- acompañaba la cordial comunicación. Incrédulo, Julián releó varias veces el texto. También verificó la autenticidad del documento bancario. Finalmente, se convenció de que aquello no era una farsa. A continuación, llamó a los amigos que más habían influido en esa aventura, invitándolos a cenar esa misma noche. Estaba contento, debía reconocerlo, pero no albergaba, ni por asomo, esa exaltación a causa del triunfo que una sociedad tan individualista como aquella pregonaba por doquier. En un lapso breve, él había obtenido lo que muchos aguardaban por décadas enteras y, en infinidad de casos, no llegaría nunca.

No estaba mal para un hombre poco agraciado que saliera tan joven de su país, dejando tras de sí una estela de incompreensión y mofas. Había construido, casi de la nada, una nueva vida, desde el momento en que ingresó a "M" como tímido empleado de limpieza. De algún modo, sus novedosos juegos de computadora, que dependían del factor aleatorio, constituían una alegoría de su propia trayectoria vital. Pensó que muy poco de ese muchacho, exiliado en su propia tierra, rechazado por los bárbaros, vivía ahora en él; pero, al fin y al cabo, ¿no se estaría dejando embaucar fácilmente por ese cheque y esa carta de congratulación? ¿no continuaría siendo en el fondo, ese

ser angustiado por la aversión de los demás, que el había sabido contrarrestar con un eterno aire de desprecio sobre quienes lo cubrían de ofensas?

La primera campanada de alerta sobre el triunfo de *Zelote* resonó poco después de la carta de sus socios del este. La revista más importante de país en materia de innovaciones tecnológicas había solicitado una entrevista; es más, pretendían que él, Julián Ramírez, fuese la figura del artículo de fondo, con carátula incluida. Decidió indagar entre su círculo de confianza. Todos le replicaron, al unísono, que estaba loco si pretendía desairar a ese medio de prensa, sobre el que Julián nunca había oído hablar. Al parecer, él era el único que no estaba al tanto de su importancia, mencionada también por el presidente de la compañía en su melosa carta. En vista de semejante reacción por parte de sus amigos, aceptó con ciertas reticencias.

La entrevista fue realizada en las instalaciones de "M", a pedido de Julián. Con este gesto, muy bien recibido por sus jefes, él quiso rendir un sencillo tributo a la institución que lo había educado, de la cual era miembro distinguido. La conversación giro en torno, naturalmente, de *Zelote*, además de sus tareas de investigación. No quería que lo interrogaran sobre sus orígenes extranjeros; le molestaba, en grado sumo, que alguien comentara ese aspecto de su vida. Sin embargo, tenía a su favor el hecho que ya hablaba el idioma del país casi sin acento; por eso, la mayoría solía darle el trato dispensado a cualquier nativo común y silvestre.

Su perspicaz entrevistadora -una atractiva muchacha casi de su edad- parecía conocerlo todo sobre él -obviando, claro está, su pasado sudamericano-. De sus preguntas, Julián dedujo que Cynthia era ilustrada y de aguda inteligencia. Congeniaron de inmediato. Ella había leído -o al menos, lo aparentaba- todo acerca de sectas religiosas antiguas y modernas, por lo que el diálogo se desplazó con gran fluidez.

La idea de un juego que permuta y altera el desenlace oficial de la historia de Cristo se inspira en una antigua hipótesis, desarrollada por algunos historiadores. Según ellos, Jesús de Nazareth fue, en realidad, uno de los más importantes líderes de la secta de los zelotes, opuesta a la presencia romana en Judea. Él no habría sido, entonces, el inmaculado personaje que se deja llevar como una oveja al matadero, sino un político seguro de sí mismo y de su misión. Todos los apóstoles, desde Pedro hasta Juan, integraron las filas de aquella belicosa secta. Incluso Judas Iscariote, tan satanizado y aborrecido por los cristianos, resultaría, después de esta nueva lectura, una suerte de héroe nacional. Él asumió, por voluntad propia, la ingrata condición del traidor, luego de una larga y tensa charla con su líder; pero algo salió mal...un posible error de cálculo por parte de Jesús, que aceleraría los acontecimientos y lo colocaría sin remedio sobre la cima del Golgotha. Algunos seguidores del galileo, oscuramente interesados en encauzar el movimiento hacia lo intemporal, eligieron al Iscariote como chivo expiatorio. Ellos interpolaron una serie de falsedades en los textos originales. Los Evangelios, liberados de tales embustes, deberían ser leídos como un relato cifrado de los verdaderos sucesos.

Pero eso no es lo interesante; el juego, en realidad, abre una puerta muy amplia para las premisas de carácter contrafáctico. Esa era su razón de ser y no la discusión religiosa; después de todo, la gente se divierte con la posibilidad de alterar los rumbos de lo establecido, sin efectuar cuestionamientos de índole teológica. Un ejemplo de la capacidad del juego para desplegar abanicos de alternativas es, sin duda, la formación de un inmenso ejército de zelotes que libera al Nazareno de la fortaleza Antonia, lo aclama Rey de Israel, y ataca a los romanos hasta eliminarlos de la faz de la tierra.

Investido como monarca, Jesús se convierte en un soberano que encabeza el resurgimiento glorioso de su pueblo. La resurrección descrita por los Evangelios es,

simplemente, una metáfora. En este caso, los usuarios, si lo consideran conveniente, podrían crucificar a Poncio Pilatos como escarmiento y, si alguien desea ir más lejos, a Herodes, el colaborador de las fuerzas de ocupación. También es factible llevar al trono a Barrabás y enviar a Jesús a su casa, es decir a Nazareth (donde realmente nació, según Renan y otros) para que descanse y se dedique al ocio después de haber arriesgado su vida por tan justa causa. Así, viviría una apacible existencia en su amada Galilea, junto a María Magdalena, hijos y toda la enorme parentela, como una suerte de autoridad moral a quien siempre se consulta cuando las dudas acosan a los militantes. Otros optarían por Judas Iscariote -un buen administrador, sin duda- como sucesor de David, el verdadero Mesías...en fin, los caminos son múltiples, pero llegar a ese nivel -derrotar a los conquistadores romanos- implica un enorme esfuerzo. Y por si esto fuera poco, quien llegara a dominarlo en todas sus niveles sería capaz de llevar al ejército zelote hasta la propia Roma, el corazón del Imperio. Una sublevación general de los pueblos sometidos, aliados de la secta, acarrearía la caída de los Césares. El reto máximo consiste en capturar a Tiberio y crucificarlo en algún lugar muy visible de Roma, dándole su merecido a tan corrompido expoliador. Si estos hechos hubiesen ocurrido realmente, hoy no existiría nada que pueda ser llamado "Cristianismo".

La entrevista culminó con una promesa de reencuentro, pero en circunstancias menos formales. Julián comprendió, quizás por primera vez en su vida, aquello que muchos denominaban "química instantánea" y que él, hasta ese momento, había considerado una perfecta idiotez. Dos semanas después, recibió diez ejemplares de la publicación que, según sus colegas, "se leía de costa a costa en el mundo de la informática". Los editores habían utilizado el trabajo de Cynthia como tema de portada. En ella aparecía un gran retrato de Julián cruzado de brazos junto al monitor de una computadora. Era la perfecta imagen del joven científico en meteórico ascenso.

El reportaje, muy serio, respetaba cada una de sus palabras con una objetividad impecable. No podía creerlo: era el adelantado de una nueva generación de especialistas destinada a transformar al mundo. Como guiado por un piloto automático, buscó entre los papeles de su escritorio la tarjeta que Cynthia le había entregado antes de salir de "M". Marcó el número de teléfono impreso en la pieza de cartulina. A los pocos segundos, le contestó una grabadora. Desilusionado, dejó un breve mensaje, en el que agradecía a la muchacha. Colgó el fono, con aire de frustración. "Debe de estar muy ocupada con otro sujeto raro como yo", pensó. Él, poco aficionado a las bebidas alcohólicas, sintió repentinos deseos de ingerir algo muy fuerte. Cuando estaba a un paso de salir hacia el Centro, después de la jornada, el repicar del teléfono lo retuvo. Contestó distraído, suponiendo que era su amigo, el ajedrecista, quien acostumbraba comunicarse a esa hora del día. Pero se equivocó. Se trataba de Cynthia. Después de saludarlo con efusividad se excusó por no haberle devuelto de inmediato el llamado. Julián reiteró su agradecimiento infinito por la entrevista y le preguntó, con sutileza, si volvería pronto a la ciudad. Cynthia dijo que por casualidad tenía una comisión la semana siguiente. Acordaron encontrarse para almorzar el martes, en un restaurante que ambos conocían. Al ubicar el fono en la base, notó que su mano temblaba de manera imperceptible.

Mantuvieron una relación intensa durante un año. Casi todos sus encuentros se efectuaron en el departamento de Julián, donde la muchacha se hospedaba cada vez que sus tareas periodísticas la conducían a aquella ciudad. Alguna vez se vieron obligados a reunirse en un hotel, porque la madre de Julián, por esos días, se encontraba de visita. Cynthia había comprendido, de inmediato, lo difícil que era aquella situación para él; por ello, fingió no darle importancia al asunto, aunque se preguntó si todos los sudamericanos cultivaban el apego por costumbres tan arcaicas.

Al principio, Ramírez temió que su torpeza e inexperiencia en esos terrenos aburrieran muy pronto a su primera pareja conocida. Ella, comprensiva y a lo mejor enternecida por sus tímidas maneras, se comportó con tolerancia. Le llevaba demasiada ventaja en lides eróticas; aun así, descendió a su nivel, dejándose cortejar a la manera clásica antes de sostener su primer contacto íntimo.

Julián no permitió que el vínculo con Cynthia erigiera un obstáculo para sus tareas en "M". Ella captó eso en algún momento, pero se mantuvo al margen, con oportuna discreción y sentido común. Lo admiraba demasiado. Aquello era más fuerte que el capricho o la tentación de competir con algo que estaba más allá de sus propios dominios. Una noche, después de un largo paseo por las colinas, Julián hizo lo que nunca habría imaginado años atrás: le pidió formalizar la convivencia. En ese momento, como si hubiese estado preparada con antelación para ese trance, ella adoptó un aire maternal. Cynthia le dijo que él ni ella estaban preparados para un compromiso de tal magnitud. Añadió que ambos necesitaban libertad; un matrimonio los colocaría en la disyuntiva del sacrificio. Y ella no estaba dispuesta a que él abandonara su brillante carrera en "M". Aunque no completó el soliloquio, Julián se dio cuenta de que era ella quien no haría a un lado sus intereses. No volvieron a hablar del asunto durante el resto de la velada. Julián, todavía aturdido, estaba seguro de que ya nada iba a ser igual. Al día siguiente, cuando regresó de la oficina, Cynthia ya había partido. Dejó una breve carta con ese registro de consejería espiritual, de manual de autoayuda, que Julián aborrecía casi hasta el paroxismo.

El choque emocional que le produjo el sorpresivo alejamiento de Cynthia lo acompañó durante meses. Auxiliado por su amigo ajedrecista, quien lo custodiaba sin beber un solo trago, se embriagó a lo largo de muchos fines de semana. En medio de los efluvios alcohólicos, había creído ver, en más de una ocasión, a la misma figura brumosa y velocísima de sus primeros días en el laboratorio, cuando trabajaba en el turno de la noche. Por lo general, la veía cerca de los servicios higiénicos o en estacionamientos, y no le otorgaba importancia alguna. Estaba convencido de que era producto exclusivo de su tensión nerviosa y de la bebida.

Al lunes siguiente, era el primero en llegar a "M". Pese a todo, su única aproximación a la marginalidad fue discreta. Como solía decir el ajedrecista, su paso por el mundo de la autocompasión fue análogo al tránsito de un turista japonés por París. Solo los íntimos -entre los que figuraba más de una influyente autoridad- supieron de aquellas andanzas por los territorios del exceso. Pero una mañana de domingo se sintió tan descompuesto, luego de la velada alcohólica -y tan asustado, porque juraba que la figura centelleante había vuelto a cruzarse en su camino, precisamente en la cocina de su domicilio-, que prefirió apartar las copas para siempre y, más bien, odiar a Cynthia. Odiarla no necesariamente porque ella lo mereciera, sino porque eso le servía de catarsis; las bebidas espirituosas fueron sustituidas por una dedicación exclusiva al trabajo, así como por las sesiones de odio. Esta rara gimnasia obró efectos milagrosos en Julián quien, al cabo de unos meses, era el mismo investigador brillante e innovador de los comienzos. Y el destello caprichoso e inesperado dejó de importunarle.

Por aquella época, recibió una oferta astronómica para la comercialización mundial de *Zelote*, que continuaba en la cima de las preferencias. La compañía del este se había asociado con una multinacional de enorme respaldo en todo el mundo. El porcentaje ofrecido era descomunal, así que, con la experiencia previa, no dudó un segundo en dar su respuesta. *Zelote*, en su versión más reciente -plagada de sofisticadas modificaciones-, estaba a punto de dar el gran salto.

Los biógrafos de Julián Ramírez han sido capaces de explicar casi todo lo concerniente a la vida pública del creador de *Zelote*. No obstante la eficiencia de estos

sabuesos, existen algunos episodios poco claros que han escapado del control de los arqueólogos de vidas ilustres. A esas alturas, ya había formado su propia compañía, dedicada a la creación de *software* recreativo. Gracias a los oportunos consejos de sus amigos, muchos de los cuales renunciaron a "M" para apoyarlo en el negocio, Ramírez compró acciones de diversas empresas prometedoras y solventes. Sus hábiles inversiones produjeron magníficos dividendos. Estos, sumados al dinero que aún llegaba a raudales por la expansión del juego a otros países, le permitieron independizarse. No obstante, el vínculo con su *alma mater* continuaría vivo. Su fotografía continuó ilustrando las portadas no solo de publicaciones especializadas, sino de magazines de enorme tiraje.

Enterado de que *Zelote* y otros entretenimientos similares eran una auténtica sensación en Sudamérica -incluso en su remota aldea-, Julián comenzó a rumiar la idea de un retorno apoteósico. Pero no quería parecerse a esos provincianos de todos los tiempos que regresan al terruño después de haber triunfado en la capital. Sabía que, tarde o temprano, alguien le cursaría una invitación. Decidió aguardar un tiempo prudencial. En cuanto al manejo del ascendente negocio, delegó todas las cuestiones de gerencia en especialistas muy bien recomendados por su amigo, el ajedrecista, científico con alma de hombre de empresa. Él se ocupó solo de lo concerniente a la investigación y al diseño, lo único que en verdad le interesaba. Aislado de aquello que no se relacionara con los juegos, navegó a través de otros proyectos.

Cierta tarde, en una de las salas de exhibición del Centro -se había transformado en coleccionista de obras de arte-, un sujeto con aspecto de ejecutivo lo llamó por su nombre. Era unos cinco años mayor. Julián no lo conocía. El hombre, amistoso, se presentó como el editor que había publicado la ya lejana entrevista. De inmediato, recordó a Cynthia, con el corazón en la boca. No había pensado mucho en ella en los últimos años.

Disimulando su agitación, procuró desenvolverse con la misma dosis de buenas maneras. Con tono neutral, casi indiferente, indagó por la chica. Ante esa actitud, el editor guardó un silencio sepulcral, para después aplastarlo. "No sé si Ud. se enteró, pero Cynthia se fue sin dejar rastro. No deseo importunarlo. Supongo que querrá saber. Una noche, entró a su departamento, como era su costumbre, a eso de las nueve. No recibió visitas. El portero nunca la vio salir. Al día siguiente, trajeron abajo la puerta, a mi pedido, pues me alarmé al no recibir respuesta a mis llamados. Todo estaba en su sitio, excepto que Cynthia no aparecía por ningún rincón. Lo más curioso es que la computadora estaba encendida y la pantalla mostraba una imagen de *Zelote*". Julián Ramírez no reaccionó de inmediato. Quedó paralizado, como esos animales a quienes una serpiente mira directamente a los ojos, antes del ataque mortal. El editor debió de alarmarse con la lividez que invadía el rostro de Ramírez. "Vamos, Julián. Tomemos un trago. Ambos lo necesitamos".

Se dejó llevar al bar de un céntrico hotel, ubicado muy cerca de la galería. De este modo, se enteró de muchos detalles de la vida de Cynthia que hasta ese instante ignoraba, pues ella había sido muy elusiva al respecto. Sintió una vaga simpatía por el hombre que le proporcionaba tanta información. Y aunque después le revelara que el había sido la anterior pareja de Cynthia, siguió guardándole un nebuloso aprecio, un sentimiento nacido de la solidaridad ante un evento que los afectaba en diversos grados.

"Nos separamos un tiempo; queríamos evaluar nuestra situación con la cabeza fría...si era viable. Eso no afectó, para nada, el vínculo laboral. De pronto, apareció usted. y ella no dudó en acudir a su llamado. Lo consideraba un genio solitario, misterioso, que huía de su pasado. Después de que ustedes terminaron, me confesó que había estado a punto de buscarlo. Pero no sé que la contuvo. Le aconsejé que lo hiciera; sin embargo, dio marcha atrás. Yo era algo así como la voz de su conciencia".

A Julián le resultaba extraño que el editor, un rival en términos técnicos, le formulara esas confesiones e incluso, le hubiera sugerido a Cynthia un reencuentro de esa naturaleza, que atentaba contra sus propios intereses sentimentales. Pero aquello, al fin, era intrascendente: conocía la idiosincrasia deportiva y deshinbida de los nativos, con quienes había coexistido veinte años de su vida. Pensaba, más bien, en el hecho de que ella se distrajera con *Zelote* después del trabajo. Se sintió aliviado. De algún modo, el pasatiempo había sido el puente entre los dos, a pesar de los años transcurridos. Tejió sus propias conjeturas acerca del asunto: ¿Cynthia no habría abandonado su departamento por la ventana? ¿No estaría escondida en un lugar, riéndose de todo el mundo en ese preciso instante? ¿No se habría decidido a dejar su trabajo para emprender, en algún lugar de las montañas, su carrera como escritora, anhelo que alguna vez le había confiado? El editor lo negó: Cynthia era apasionada y algo irreverente, pero nunca llegaría al extremo de jugar así con los demás. ¿Secuestro? El editor volvió a negar, con un dejo de hastío, como si hubiera retorcido su cerebro miles de veces con el fin de conocer la verdad. La policía no tenía ninguna pista al respecto; nadie envió mensajes con solicitud de rescate ni hubo llamadas telefónicas a la familia o a la oficina.

Regresó en un taxi al suburbio elegante donde ahora residía. A tres cuadras de su casa, por poco no se desmayó del susto: en una fracción de segundos, las luces del vehículo iluminaron a un sujeto de túnica corta y desgredada barba, calzado con toscas sandalias, quien cruzó la calle en desenfrenada carrera. Julián gritó, en señal de advertencia, seguro de la colisión, pero el hombre de aspecto salvaje ya no estaba ahí. Después de mirarlo con reprobación, el taxista continuó su marcha, interrumpida por el chillido de Julián. Era evidente que no se había percatado de aquella presencia insólita. Prefirió desentenderse del asunto, murmurando unas incomodísimas disculpas y preguntándose qué provocaba en él semejantes alucinaciones.

Durante las maniobras de descenso sobre esa ciudad, que él no había pisado en dos décadas, Julián Ramírez experimentó un mareo. A través de ese mecanismo fisiológico, asumió con entereza aquel retorno, planeado para una semana. Una universidad local, abanderada de los avances tecnológicos, le había cursado una invitación para dictar un ciclo de conferencias con honorarios astronómicos, sin precedentes en el mercado. Después de leer la carta -el nombre de la universidad le resultaba desconocido-, telefoneó a sus padres. Esta vez, él iría a verlos; explicó que se alojaría en un exclusivo hotel por cuenta de sus anfitriones. El Rector, que lo había llamado por teléfono dos días antes del viaje, se deshizo en elogios y agradecimientos por aquella deferencia; le aseguró que se había convertido en una celebridad nacional a raíz de las grandes innovaciones de la cuales él era responsable.

Julián no tomó demasiado en serio aquello; las consideraba exageraciones, fórmulas retóricas propias de alguien dispuesto a sacar el máximo provecho de las oportunidades. Lo cierto es que, cumplido el trámite de migraciones -ingresó con pasaporte del país de residencia, del cual ya era ciudadano-, se encaminó a buscar su equipaje. Percibió un rumor inusitado que se filtraba desde los ambientes exteriores. Debido a las décadas transcurridas, no reconocía las instalaciones; se auxilió con los carteles dispuestos en una especie de laberinto de pasillos, rampas y escaleras. Por fin, salió a una enorme sala, donde los encargados ya colocaban las maletas de los viajeros sobre la banda sin fin.

Un enjambre de personas aguardaba la salida de los pasajeros detrás de una baranda de contención; pasó el control de Aduanas y, algo perturbado, inició la búsqueda de los rostros paternos. Una exclamación lanzada por la multitud cuando él salió al parqueo lo hizo girar: "¡Ahí está...!". Flashes de fotógrafos y un renovado oleaje de ese mar humano le hizo suponer que algún personaje había arribado en el

mismo vuelo. De pronto, descubrió que la atención de esa masa de reporteros, policías y curiosos se hallaba concentrada en él. Aturdido por el relampagueo incesante de las cámaras, quedó paralizado, como animalillo aterrado frente a su depredador. Un caos de voces lo solicitaba. "Sr. Ramírez, sus primeras declaraciones para la prensa, por favor"... "Sr. Ramírez, ¿es cierto que va a asociarse con Microsoft?"...Como un autómatas, intentó atravesar esa multitud, entre los que también figuraban decenas de taxistas que pretendieron hacerse cargo de su equipaje. Solo ahí reaccionó, rechazando tajantemente cualquier ofrecimiento. El reencuentro con los aldeanos resultaba más difícil de lo imaginado.

A duras penas logró superar al primer grupo de reporteros y taxistas, ayudado por los policías y personal de seguridad del aeropuerto; respiró con cierta tranquilidad, aunque no veía ni siquiera un cabello de sus familiares. De pronto, un nuevo grupo, aparentemente agazapado, salió de su escondite. La masa, compuesta en su mayor parte por mujeres, esgrimía grandes carteles, improvisados con material muy sencillo. Asombrado, Julián fijó la vista en las consignas, que no le eran, en absoluto, favorables... *Julián Ramírez, conviértete...Abajo Zelote...Zelote es blasfemia...¿Quién te paga, Ramírez?...*La enfervorizada facción descubrió su presencia y comenzó a dirigirle furibundas proclamas, semejantes a las que proferían sus carteles. Julián temió por su seguridad. La ayuda urgente llegó en la forma de un hombre, quien lo llamó desde un auto con el motor encendido. Julián corrió hacia su salvador como nunca antes lo hiciera. Ingresó al vehículo a tropezones, pues ante el ímpetu de los revoltosos, el hombre ya había decidido ponerlo en marcha.

Las presentaciones de rigor se efectuaron mientras el conductor del vehículo sorteaba diversos obstáculos, hasta encontrar la salida. Era nada menos que el Vicerrector de la universidad anfitriona, quien había sido designado para recibirlo y trasladarlo a su hotel. En el camino, le explicó que una minoría, alentada por un obispo belicoso, un troglodita, no estaba de acuerdo con su visita. "Son insignificantes, Julián...me permito llamarte así...también trátame de tú, por favor...un cura fanático seguido por algunas viejas locas a quienes les sobra el tiempo...Pertenece a una secta católica extremista...Despreocúpate...Ya hemos tomado todas las precauciones para que estos chiflados no te molesten...La mayoría de compatriotas te aclama como un ciudadano ilustre...Ya lo verás...Te hemos concertado varias entrevistas...Aparecerás en los programas de televisión más vistos del país...Aunque tienes una agenda recargada, queremos que te sientas muy a gusto.....". La perorata del sujeto apenas clarificaba el panorama. Nadie le había anticipado que su presencia en el país fuera sustento de opiniones divididas.

Cuando llegaron al hotel, un nuevo tumulto apareció en el horizonte. Se trataba de los mismos periodistas del terminal aéreo. El grupo se la había arreglado para llegar antes que ellos al hospedaje. Los policías apenas lograba contenerlos; parecían una jauría rabiosa, dispuesta a caer sobre él para destazarlo sin piedad. El vicerrector lo ayudó a registrarse; al despedirse, le entregó una tarjeta. Para esa noche, la universidad había programado una cena en su honor, a la que acudirían distinguidas personalidades del mundo empresarial, artístico, político y académico, todas ansiosas por conocerlo. Pasarían por él a las siete y media.

En cuanto estuvo a solas, llamó a casa. El intento resultó infructuoso, ya que nadie contestó. Aún fastidiado por el episodio del aeropuerto, fue al baño. Mientras se secaba la cara, encontró su propio reflejo. Su doble lucía agotado y, por primera vez, comprobó que los años ya dejaban huellas sobre aquel rostro, al que percibía ajeno e impersonal. El ambiguo recibimiento de sus compatriotas lo había confundido. Se recostó, en un intento por desconectar los controles. Estaba hastiado, deprimido. A lo mejor un poco de hierba mezclada con tabaco -bastante popular entre científicos e investigadores de "M"- hubiera sido el mejor remedio, pero le sentaba pésimo a su estómago. Pensó una vez más en Cynthia. La imaginó vestida de entrecasa -

pantalones cortos, el cabello amarrado, camiseta y descalza, como a ella le encantaba frente al monitor de la computadora. Habría una taza de café junto a su mano derecha y, lo mejor un cigarrillo -aunque ella fumaba solo en contadas ocasiones-. La versión del juego debía ser la del 95 o 96, que ya contaba con doce niveles de dificultad. Recordaba que ella ya se acercaba al nivel 10, una verdadera hazaña, pues quien llegara al 8 bien podía jactarse de ser un experto en *Zelote*.

Un tibio sopor se apoderó de él poco a poco. Había elucubrado, después del encuentro con el editor, que Cynthia bien pudo ser víctima fortuita de amnesia. Una contusión, un accidente en la cocina o un choque con alguna gaveta del escritorio serían causas suficientes. Y a eso se añadía el hecho de que vivía sola. Es probable que haya salido del edificio por la escalera de servicio o de incendios.. Utilizó alguna ventana, eso es definitivo...aunque, de acuerdo con el editor, nunca hubo reportes sobre una chica que paseara, con expresión perdida y en paños menores, por aquel vecindario o sus alrededores.

El timbre del teléfono destruyó la visión. Reconoció, aletargado, la voz de su padre, quien le explicaba que, por causa del tráfico, habían llegado tarde al aeropuerto. "Demasiados microbuses, hijo. Estamos aquí, en el lobby". Saltó como accionado por un resorte. Los encontró sentados en uno de los ambientes anexos a la recepción. Ambos lucían en perfectas condiciones, y se los hizo saber después de abrazarlos. Pasaron al restaurante, que a esa hora de la tarde estaba semidesierto -lo que significó un alivio para Julián; temía encontrarse con una tropa de reporteros o de fanáticos antizelote apertrechados entre las mesas-.

Conversaron como si se hubieran visto el día anterior, pues los continuos viajes de ellos habían impedido que se generara un espacio marcado por el desarraigo. Pero al fin lo embargó la realidad: hacía veinte años que él había partido, dispuesto a no volver. Paradójicamente, ahí estaba ahora, en un hotel de cinco estrellas, transformado en un personaje admirado y aborrecido por sus compatriotas -situación comprobada hacía unos cuantas horas-. Les rogó que lo pusieran al tanto de lo que la prensa y el público decían sobre él. Sobrevino el silencio. Su madre habló primero. "Comentan cosas terribles sobre ti, hijo. Que los rojos y los judíos te pagan millones para que inventes juegos blasfemos. Tuve que cambiarme de parroquia, porque en la misa del domingo todos murmuraban. A mí no me importa. Sé que es tu trabajo y que no tienes intención de ofender a nadie". Su padre refrendó esas palabras. "Resulta exasperante que los amigos y parientes pregunten. Me he trezado en varias discusiones para defenderte, Julián. No tienes por qué avergonzarte. Ese cura y su secta de viejas...No les hagas caso".

Julián les creyó a medias; los conocía demasiado como para no olfatear cierta falta de sinceridad en sus padres. Parecía que recitaban una suerte de libreto, preparado con la única finalidad de no herirlo. Sabía que, en el fondo, estaban molestos con tanto escándalo; al mismo tiempo, no querían importunarlo con críticas o reproches. Pero estaba muy agotado para discutirlo. De regreso a su habitación, se recostó hasta las seis. No sentía muchos deseos de pasar tres o cuatro horas entre desconocidos; sin embargo, muy a su pesar, estaba obligado a acudir y a ser amable con todo aquel que se acercase a saludarlo o, a lo mejor, a proponerle algún trato comercial.

El encuentro con eso que el Vicerrector había denominado "distinguidas personalidades" lo mantuvo ocupado hasta medianoche. Como lo había previsto, firmó muchos autógrafos; así mismo, posó repetidas veces para la prensa invitada. Recordaba haber estrechado la mano y besado en la mejilla a miembros de lo que parecía ser el *star system* nativo: actores y actrices de moda -incultos, mediocres y petulantes-, periodistas -bebedores y bebedoras compulsivos-, artistas plásticos -narcisistas e impostados-, empresarios -obesos y procaces-, y diversos ejemplares de

una fauna que le pareció pretenciosa, cuando no estúpida. Convertirse en el centro de atención pública no era un hecho de su agrado. Mucho menos, si seres de semejante calaña eran sus supuestos admiradores.

Una especie de anfitriona, vestida con traje sastre y exageradamente perfumada, fungía de nexo entre él y las personas que pretendían dirigirle algunas palabras en privado. Todos esos especímenes lo saludaron con familiaridad, como si hubieran sido amigos de muchos años. Tanta falsedad, mezclada con el olor del perfume y de lápiz labial, le provocó un severo dolor de cabeza. Suspiró aliviadísimo cuando el Vicerrector anunció, medio ebrio, que el chofer de la universidad lo transportaría al hotel. Para el día siguiente, se había programado un acto académico, en que Julián “tendría la oportunidad de dialogar con los estudiantes, para quienes él constituía una verdadera inspiración, una prueba insoslayable de que el talento nacional puede alcanzar las cimas del éxito fuera de las fronteras”.

Antes de la cita en el claustro, almorzaría con su parentela en la vieja casa de Jesús María, que sus padres se habían negado a abandonar con una obstinación conmovedora. Ese episodio, en apariencia rutinario, se vería rodeado de circunstancias que acelerarían el desarrollo de los acontecimientos. Al bajar del vehículo, dispuesto a tocar el timbre de la pequeña aunque acogedora vivienda, un grupo de enloquecidas manifestantes salió de su escondrijo, formulando las mismas acusaciones descabelladas de la jornada anterior. Sus anfitriones, en lamentable descuido, habían olvidado destinar custodia policial al chalé.

La turba de mujeres, que portaba los rústicos carteles, tendió un cerco a su alrededor, con intenciones poco amistosas. El chofer del rectorado salió en su defensa, pero fue agredido con carteras, carteles y tomates. El pobre hombre se alejó con un ojo hinchado, además del traje humedecido por esa andanada de pulposos proyectiles. Partió en el auto con una expresión de terror en el rostro. Por primera vez en su vida, Julián Ramírez excedió sus parámetros personales. No iba a permitir que esa secta de beatas, aleccionadas por un demente, lo amedrentara en la puerta de su propia casa...porque aquella continuaría siendo su casa, a pesar de los años transcurridos. Jamás había comulgado con esa forma tan arcaica e ingenua de profesar una religión. Decidió encarar a esas mujeres con aplomo, para así darle una lección a su cabecilla. “Quiero hablar con el sujeto que les ha lavado el cerebro...con ese cobarde de sotana que se escuda detrás de señoras ociosas”. La voz de Julián retumbó, airada, en medio de la calle. Las mujeres enmudecieron. Julián creyó, por un instante, que sus palabras habían obrado algún efecto en la vociferante legión. Imaginó que su enemigo -él ya lo consideraba dentro de tal categoría- saldría a dialogar ante semejante prueba de sus convicciones; resultó una impresión falsa, pues las sectarias reanudaron sus insultos con una agresividad inimaginable en mujeres de aquella edad y condición.

El primer impacto de un tomate lo puso en estado de alerta; sus lentes de contacto se empañaron después de soportar la brutal arremetida. Anticipándose a la posibilidad de un linchamiento, Ramírez optó por la escapatoria; se abrió paso a golpes y puntapiés, sin preocuparse en absoluto acerca de si las destinatarias eran mujeres de edad madura.

En medio del tumulto, medio cegado por el jugo de la verdura, percibió que sus puños remecían cuerpos interpuestos en su camino. Él, por su parte, también recibió violentos golpes. Movido por el instinto, logró desarmar a una de sus atacantes; se trataba de uno de los carteles. Arrancó la cartulina e improvisó el soporte de madera como ariete, con el que logró abrirse paso entre las irracionales huestes. Corrió hasta la esquina, enarbolando con aire de triunfo el arma que lo había salvado. Lanzó un grito guerrero cuyo significado le había resultado, en principio, incomprensible. Miró sobre su hombro para cerciorarse de que las rabiosas fanáticas no lo perseguían; al doblar la esquina, observó que sus pies ya no calzaban los finos zapatos de corte

ejecutivo, sino unas sandalias de cuero muy poco trabajado, rústicas. También comprobó, extrañadísimo, que su cabello había crecido. Además, su mentón y mejillas estaban protegidos por una poblada barba. Para él, aquello era una novedad. Desde los solitarios días colegiales, él siempre llevaba corto, contra las tendencias imperantes en su entorno. La vara capturada ya no era tal, sino una especie de espada corta, que él balanceaba de un lado a otro, mientras nuevas consignas eran lanzadas por su boca, aunque no lograba descifrar las emisiones.

Descubrió que ya no estaba en Jesús María, sino que corría sobre una vía angosta, empedrada, en una ciudad con características orientales. ¿Se habría golpeado la cabeza en su intento de fuga? No, todo era demasiado real: olores callejeros, el ambiente de revuelta y caos que parecía envolver cada partícula de polvo por el que penetraban destellos solares. De pronto, constató que su conservador traje de calle ya no existía; había sido reemplazado por una túnica corta, que caía hasta sus rodillas. Por fin comprendió: Julián era esa figura escurridiza y de contornos indefinidos que había aparecido por primera vez hacía dos décadas, en los ambientes solitarios de "M" y, más tarde, en servicios higiénicos o estacionamientos. Él, Julián Ramírez, también era ese hombre hirsuto que había visto cerca de su casa, después del melancólico encuentro con el editor y antiguo amante de Cynthia. Todo ese tiempo había recibido anuncios indescifrables, anticipaciones fragmentarias e inconexas de aquel momento.

A su lado, corrían otros hombres, de piel aceitunada, con aspecto campesino. Eran muy robustos, de estatura mediana. Gritaban las mismas consignas que Julián; poco a poco, esas palabras le sonaron familiares. Se dirigían a algún punto de esa ciudad, un recinto en apariencia amurallado. Una multitud, con la misma fisonomía que sus acompañantes, se unía al grupo a medida que este avanzaba por el laberinto de malolientes callejuelas. Las proclamas eran ahora explícitas: "muerte al invasor". Ya era capaz de interpretar los hechos, el sutil rompecabezas cuyas piezas se habían acumulado durante tanto tiempo. Estaba inmerso en una secuencia de *Zelote*, aquella del nivel 6 en que Barrabás llama a las armas a la población de Jerusalén para atacar la fortaleza Antonia -la prisión romana-, con el objetivo de liberar al Galileo condenado por Pilatos. ¿Él, Julián Ramírez, encarnaba al cabecilla o a alguno de sus seguidores? Según las condiciones del juego, el grupo de revoltosos estaba obligado a superar varios obstáculos antes de llegar al corazón de la fortaleza. Un líquido nubló su visión. Palpó su frente; era sangre -no jugo de tomate- que manaba con abundancia de alguna herida. Con seguridad el grupo había librado una escaramuza con una patrulla romana o con los esbirros de Herodes. Julián sabía por dónde acceder a la fortaleza; había estudiado antiquísimos planos en las etapas previas al diseño del juego. No le preocupó en absoluto la hemorragia. Él ya era parte de su propia invención. Arengó a sus tropas con el ímpetu del guerrero experimentado ante el cual ninguna barrera es suficiente. No le importaba cómo había llegado allí. Se sentía libre, poderoso, seguro de sus facultades. Desde varios puntos de Jerusalén, varios contingentes similares se acercaban, raudos, al odiado símbolo del poder extranjero. Aplastaron sin piedad a los guardias del acceso principal, pero varios de sus hombres cayeron bajo la lluvia de piedras y lanzas que arrojaban los defensores desde la parte alta de la muralla. Él prosiguió su camino, atravesando con su espada cualquier cuerpo que intentara cerrarle el paso. El grupo avanzó por pasillos muy estrechos, alumbrados con antorchas que habían sido dispuestas cada dos metros. En medio de los gritos y la confusión, una mujer, cubierta con un velo y vestida a la usanza de las matronas romanas, alzó las manos en señal de paz. ¿Quién era ella? ¿Acaso la esposa del Procurador? Los hombres se detuvieron; Julián, o quienquiera que fuese en aquel instante, la reconoció una vez descubierto el rostro. Era Cynthia, sonriente, con la actitud de quien ha sido sorprendido en los preparativos de una travesura. Julián, estupefacto, no fue capaz de hablarle. Ella, con su aire de celebración intacto, le dijo que más tarde dispondrían de todo el tiempo del mundo; ahora, lo fundamental era

conquistar la fortaleza Antonia. Ella sacó una espada, oculta por su larga vestidura, e hizo un gesto: los conduciría. Julián estuvo de acuerdo. Se encontraban a unos pasos de ascender al siguiente nivel; era demasiado excitante como para seguir preocupándose por un grupo de autoridades y estudiantes que, a esas alturas, ya se habrían cansado de aguardarlo.

FIN

Tomado de: Mascarón de Proa
Reproducido con permiso del autor